

Un disco enrojecido nos saludaba y acompaña con sus primeras llamaradas y ya nos advertía de lo que iba a ser ese día: el rojoamarillo y el azul iban a pujar con la blanca cubierta.

Así que ahí nos encontramos, disfrutando de antemano de lo que el pico de los Monjes nos tenía preparado. Claro que no contábamos, o sí, con otros que también buscaban disfrutar de las favorables predicciones meteorológicas. Una serpenteante y multicolor caravana de impacientes esquiadores, montañeros y demás linaje de la altura y la aventura.

Así las cosas, con paradas, retrasos y esperas, con cafecito incluido, empezamos a las once a mover los músculos. Y ya lo creo que mover. De aperitivo, una ligerita cuesta, pala o como quiera que se llame, para subir de golpe la pulsaciones. Todos, con raquetas o con esquí nórdico, para arriba en sintonía con la frase más que reiterada de “vaya día más estupendo”.

Avanzamos y nos reagrupamos, porque la mañana daba pie a algún despistado a dar rienda suelta a sus piernas, como también a su imaginación.

Proseguimos nuestro recorrido por la blanca alfombra y, llegado un momento, intrépidos esquiadores integrantes del grupo deciden realizar un recorrido alternativo, dejados llevar, a buen seguro, por la embriagadora mezcla de luz y colores.

¡Craso error!, como si de novatos montañeros se tratara. Al final de la excursión, más retraso añadido a la jornada, ir y venir de coches y, para algunos, recordar viejos tiempos de movimiento de muñeca con el dedo pulgar asomando cuán necesidad de transporte. Aunque dicen por ahí, que lo que verdaderamente funcionó fue la mirada solícita de ayuda de una de nuestras chicas, que una vez más y como siempre ahí están.

Para los que nos ceñimos al guión establecido, llegamos al collado y desde allí, gran parte del grupo abordaron el asalto del pico haciendo cima. Soy testigo de ello, pero no por asaltar la cumbre y sí por quedarme al mando del grupo de base, y vaya grupo.

Renovadas las fuerzas, procedemos a descender, con clases prácticas incluidas de cómo frenar una caída por nuestro Presi, inquieto y deseoso de transmitir su buen saber. Alguno, hasta lo experimentó ampliamente, con seguridad y confianza.

Y como colofón tradicional en nuestras salidas, ahí estaban las frías y cristalinas jarras de cerveza en la estación de Astún. Dispuestos inmediatamente a atacar los huevos con jamón, o lo que se apetezca, en Villanúa.

Atacar, que nadie lo dude y, además, con mucho apetito. Pero lo de inmediatamente es otra película, que sorprendentemente sucedió en un grupo de montañeros experimentados. Pero como de los errores se aprende, seguro que la próxima nos ceñimos al programa establecido, que para el que lo organiza a buen seguro le ha llevado tiempo y esfuerzo hacerlo, como para, después, añadirle más aún.

Finalmente hubo reagrupamiento, estampida general y regreso a casa con todo un abanico multicolor de vivencias.

Fue un día con todos los colores, pero me quedo con uno, que es único e insustituible: mi felicitación y admiración a todas las mujeres y en todos los días.

Alberto García

